
ORÍGENES DE MI VOCACIÓN POR LA HISTORIA DE LA CONTABILIDAD



Intervención de Esteban Hernández Esteve en el X Encuentro de Historia de la Contabilidad, Las Palmas, 13 y 14 de octubre de 2016

*Non c'è nessuno
che sappia farlo piangere
vicino a te, Signore.*
Salvatore Quasimodo (1930)

Ante todo deseo expresar mi sincero agradecimiento a la Asociación Española de Contabilidad y Administración de Empresas – AECA, y a su Comisión de Historia de la Contabilidad, por dar mi nombre a los Encuentros de Historia de la Contabilidad. El origen de estas reuniones se remonta al Encuentro de Trabajo *En Torno a la Elaboración de una Historia de la Contabilidad en España*, celebrado los días 24 a 26 de septiembre de 1992 en la Residencia "La Cristalera", de la Universidad Autónoma de Madrid, ubicada en las cercanías de Miraflores de la Sierra. El propósito de dicho Encuentro fue precisamente el de presentar dicha Comisión, recién creada en el seno de AECA bajo el patrocinio del Colegio Oficial de Titulados Mercantiles y Empresariales de Madrid, con el objeto de promover, potenciar y coordinar los estudios sobre la historia de la contabilidad en España, que ya habían empezado a tomar cuerpo y consistencia desde hacía algunos años. Posteriormente, el acuerdo de la Junta Directiva de AECA de 26 de noviembre de 1992 vino a regular los fines, las relaciones con los miembros y el funcionamiento de la Comisión, un acuerdo que fue publicado en el número 30 del *Boletín AECA*.

Creo que la creación de la Comisión de Historia de Contabilidad, debida a la iniciativa de nuestro inolvidable y querido amigo y compañero Enrique Fernández Peña, fue un completo acierto, y que gracias a la misma España se ha situado en el grupo de cabeza de los países interesados en esta disciplina por el número y calidad de sus investigaciones, solamente igualada y tal vez superada por los Estados Unidos de Norteamérica.

Después de este preámbulo, puedo ya pasar a agradecer las amables y elogiosas palabras que me han sido dedicadas por los buenos amigos participantes en la sesión "Esteban Hernández Esteve y su obra". Debo decir que creo que os habéis pasado en los elogios, pues éstos han sido ciertamente exagerados; aunque como es bien sabido, los elogios cuanto más exagerados e inmerecidos son, tanto mejor recibidos acostumbran a ser. Por esto mismo, no os extrañará que os diga que, aunque me confunden y llenan de rubor, agradezco mucho vuestro afecto y vuestras palabras

Sí, en cambio, os podrá extrañar o al menos causar sorpresa, dado el ámbito científico e histórico-contable en el que nos encontramos, que os diga cómo llegué a descubrir mi vocación por la historia. Es un tema del que no recuerdo haber hablado nunca, aunque algunos aspectos marginales figuran en el Prólogo al libro de Mercedes Calvo, nuestra

organizadora, *La contabilidad de espolios y vacantes*, libro en el que se publicaba su excelente tesis doctoral.

La sorpresa radica en que, como ahora os quiero decir, este descubrimiento tuvo su origen en mi amor por la poesía, un amor puramente pasivo y callado, pues es tal el respeto que sentía y siento por ella que nunca me he atrevido a hilvanar siquiera una simple estrofa, lo cual no impide que mi amor sea auténtico y profundo.

De este modo, la responsabilidad de que yo tenga hoy el gusto de estar aquí, ante vosotros, se debe, en definitiva, a este amor mío por la poesía. Este amor se ha centrado siempre, sobre todo, en las coplas de nuestro poeta por antonomasia, Jorge Manrique, herido de muerte en combate con Pedro de Baeza, frente el castillo de Garcimuñoz, falleciendo de su herida el 24 de abril de 1479. Llevado de mi admiración por sus coplas, quise en una ocasión visitar con toda mi familia dicho lugar, así como también el Monasterio de Uclés, en tiempos sede principal de la Orden de Santiago, adonde fueron trasladados los restos de Jorge Manrique, que hoy por desgracia han desaparecido lo mismo que otros enterramientos, sin saber qué ha sido de ellos.

Lógicamente, mi inclinación por la poesía no se limita a los versos de Jorge Manrique, y se extiende a los de otros poetas españoles de antaño y también contemporáneos. Entre estos últimos cabe destacar a León Felipe y Antonio Machado. Asimismo, alcanza a cultivadores extranjeros de este género literario y, en especial, a los modernos poetas italianos, y de entre ellos, sobre todo, a Salvatore Quasimodo, creador del movimiento hermético de la poesía italiana, con el profundo sentimiento de soledad que sus versos transmiten, de indefensión ante los males de la vida, y de tristeza ante la impotencia por no poder ayudar a los que sufren...

La Academia Sueca descubrió a Quasimodo y le concedió el Premio Nobel de Literatura en 1959, especificando que lo hacía “por su poesía lírica, que con un fuego clásico expresa la trágica experiencia de vida en nuestros tiempos”.

Pero, yo ya había descubierto a Quasimodo años antes, y conocía y admiraba sus poemas desde hacía tiempo. En concreto, desde que después de ingresar en el Cuerpo Técnico del Banco de España en 1954, llevado por mi intención de presentarme a la oposición de Técnicos Comerciales del Estado, que en aquellos momentos era una de las salidas más interesantes para los Intendentes Mercantiles, estaba perfeccionando mi inglés en el British Institute y mi italiano en el Istituto Italiano di Cultura, ambos de Barcelona, mi ciudad natal.

En 1955 la Embajada de Italia en Madrid convocó un concurso de ensayos sobre la obra y la figura del poeta Giovanni Pascoli en conmemoración del centenario de su nacimiento. Conociendo mi afición a la poesía, el profesor Zegni del Istituto Italiano di Cultura me instó a que me presentara al concurso. Así lo hice y se me concedió el primer premio, que consistía en una beca con todos los gastos pagados para asistir a un curso de verano en 1956 en la Universidad para Extranjeros de Perugia, la universidad más renombrada de Italia en su género. Asistí a dicha universidad, cursando en ella clases del idioma, de la cultura y literatura italianas, de historia del arte, con visitas a museos, y, sobre todo, de historia general, unas clases que fueron dictadas por el profesor Greco con una visión algo materialista, ciertamente, pero profundamente realista de la historia.

Debo confesar que yo, que había cursado todos mis estudios hasta obtener el título de Intendente Mercantil en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de Barcelona, y que era consciente de los vacíos que tenía mi formación intelectual, quedé deslumbrado por los horizontes que me abrió la asistencia a las clases de la universidad perugina. El contacto con compañeros procedentes de todas las partes del mundo, Europa, Estados Unidos, Asia, etc., y el contraste y disparidad de opiniones y pareceres en los debates que los profesores organizaban en las clases fueron también impactantes. Fue como si estando en una habitación oscura -recuérdese que estábamos en la España de 1956, aislada y preterida- se abriese de repente ante mí, de par en par, un amplio ventanal que me permitiera ver la luminosidad del sol. No hay que olvidar que Italia es maestra en la presentación de sus logros culturales ante el mundo. Su dotación de profesores en la Universidad de Perugia era realmente excepcional.

No puede extrañar que al regresar a Barcelona y reintegrarme a mi trabajo en el Banco de España, hubiera abandonado mis proyectos de oposición, y sintiera la imperiosa necesidad de ir a hacer el doctorado en una universidad extranjera, y de hacerlo preferentemente en Alemania, el país que se había distinguido en el estudio de la historia, pues esta era la disciplina que, gracias a las explicaciones del profesor Greco, me había impresionado más profundamente. Él fue, pues, sin duda, quien hizo nacer en mí la vocación de historiador, de dedicación al estudio e investigación en historia.

Tuve que refrenar no obstante mis ansias de ir estudiar al extranjero, pues todavía no tenía la antigüedad necesaria para poder pedir una excedencia temporal por estudios en el Banco de España. Cuando llegó este momento, elegí la Universidad de Colonia para hacer mi doctorado, porque me pareció que tenía los profesores más adecuados para completar mi formación.

En octubre de 1958 alcancé la antigüedad necesaria en el Banco de España y pedí la excedencia por estudios. Al llegar a Colonia, lo primero que hice, después de buscar alojamiento, fue ir a la Albertus-Magnus-Universität para matricularme en la Facultad de Ciencias Económicas al objeto de cursar los estudios de doctorado.

A continuación, como no tenía medios de fortuna, tuve que ponerme a buscar un trabajo que me garantizara el sustento y el pago de los estudios. Así, al principio tuve que ponerme a trabajar en la cadena de montaje de la Fábrica de Automóviles Ford durante tres meses; fue una experiencia pesada, pero interesante, por el conocimiento y comprensión que me proporcionó del mundo obrero. Luego, trabajé a tiempo parcial, durante año y medio, en el departamento extranjero del Dresdner Bank. El resto del tiempo, cuatro años, estuve colocado como profesor de español en la Escuela Superior de Intérpretes y Traductores de la Ciudad de Colonia, adscrita a la Universidad. Entonces fue cuando, de verdad, pude dedicarme de lleno a mi tesis doctoral.

A mi llegada y de momento no elegí tema para ella, y ni siquiera pensé en hacerlo, pues deseaba madurar un poco más mi pensamiento sobre el tema a elegir y, sobre todo, mejorar mis conocimientos de alemán. De modo, que me dediqué a asistir a las clases y seminarios de mis profesores de doctorado, así como a los de otros profesores de la Facultad de Ciencias Económicas y de otras facultades, pues en Alemania, debido a la llamada libertad académica, se podía asistir y se contaban para los estudios la asistencia y la preparación cursadas en cualquier facultad, siempre y cuando se cumplieran los créditos mínimos exigidos en la propia carrera.

Durante estos primeros meses de asistencia a las clases de la universidad, percibí cómo el ámbito universitario, y en particular el relacionado con las ciencias humanas, estaba dominado por ideas relativistas, que consideraban que no existían valores morales y sociales absolutos y que el reconocimiento de esta inexistencia era necesario para el logro de una convivencia pacífica sin entrar en conflictos falaces. Posiblemente, este mismo pensamiento reinaba en la Universidad para Extranjeros de Perugia, pero allí no me dio tiempo para percatarme de ello.

La percepción de este relativismo generalizado me produjo un grave malestar. Yo había sido siempre contrario de forma instintiva a las ideas relativistas, y me inquietaba pensar si podían tener algún fundamento. En especial, me preocupaba a este respecto la cuestión de averiguar si los conceptos y valores morales eran simple resultado de la casualidad y de las costumbres, como sostenía el relativismo, o si por el contrario, por lo menos los más fundamentales, eran valores y conceptos que cualquier cultura con un grado suficiente de madurez llegaría a desarrollar con igual o muy parecido sentido dentro de sus propias modalidades culturales, como a mí me parecía.

Todo ello me condujo a pensar si no podría dedicar mi tesis doctoral a estudiar esta cuestión. Ciertamente, era un tema de muy difícil desentrañamiento, porque existen muy pocas culturas lo bastante desarrolladas cuya evolución cultural se haya producido con independencia del viejo mundo, es decir, sin haber recibido ninguna influencia de Europa, Asia y África. De hecho, creía que solamente se podía pensar en dos culturas: la azteca y la inca.

Por otra parte, el concepto a investigar, si se quería que la conclusión a la cual se llegase fuera significativa, debería ser un concepto relevante en la esfera económica y en la vida humana en general. A estos efectos, el del trabajo me pareció un concepto muy apropiado. Aparte de ello, yo creía que no sería suficiente conocer sólo las ideas sobre el trabajo de la cultura elegida, sino que era preciso examinar también cómo las mismas se habían puesto en práctica. El conjunto de estos planteamientos determinó la elección del tema de mi tesis doctoral: el mundo del trabajo en la cultura a elegir. La universidad alemana, con su libertad académica y la posibilidad de escuchar y consultar a profesores de distintas asignaturas y facultades ofrecía una oportunidad excelente para llevar a cabo una investigación semejante. En vista de todo ello, me decidí a afrontar el desafío, y elegí la azteca como cultura a estudiar, pues creía conocerla algo mejor que la inca.

El título que finalmente elegí para mi tesis, traducido al español fue el de *El Trabajo y los Aztecas. Ensayo de un Análisis económico y sociológico del trabajo entre los aztecas y la incorporación de los resultados a categorías económicas*.

La aventura en la que con ello me embarqué fue larga y trabajosa, aunque fascinante y muy formativa; una aventura que me forzó a ir mucho más allá de los conocimientos que mi formación previa en estudios mercantiles y administración de empresas me había proporcionado. De hecho tuve que bregar con filosofía, sociología, etnología, lingüística, etc., aparte de con economía e historia económica, como es natural. Incluso tuve que aprender un poco de *nahuatl*, esto es, la lengua de los aztecas, al objeto de poder entender algo, por lo menos, de las fuentes indígenas, escritas por gente principal de los aztecas y de las tribus sometidas a ellos, inmediatamente después de la conquista española. En el Méjico precolombino no se conocía la escritura, pero los naturales aprovecharon la repentina e inesperada llegada de un alfabeto fonético, nuestro alfabeto romano, para

escribir crónicas sobre la historia de su gente y de su modo de vida. Para hacerlo aplicaron las letras del alfabeto romano, sin mayor trámite, para dar forma escrita a los sonidos aztecas. De este modo, el mundo occidental pudo recibir, como precioso legado, el conocimiento de la historia, las costumbres, las ideas, la cultura, etc., de los aztecas que, de otro modo, hubieran ido esfumándose poco a poco, pues, como ya se ha apuntado, en esta cultura solamente se conocía la escritura jeroglífica, poco apropiada para la transmisión de conceptos.

El resultado de la investigación fue satisfactorio, porque mostró que el concepto del trabajo entre los aztecas coincidía con nuestras ideas sobre el mismo, incluso etimológicamente, al distinguir dos concepciones opuestas: el trabajo como carga e imposición, y el trabajo como creación y forma de realización del hombre. El mundo real del trabajo también mostró aspectos coincidentes con lo que podía ser la realidad del mismo en etapas anteriores de nuestra civilización. Al mismo tiempo, el estudio del mundo azteca me obligó a reconocer que, en cierta medida, también las circunstancias y el ámbito cultural y temporal jugaban un papel en las ideas y en el desarrollo de las prácticas en el mundo real, es decir, a reconocer la existencia de algunas influencias de tipo relativista. Por ejemplo, el concepto de la vida que tenían los aztecas era bellissimo. Decían: “la vida es un espacio vacío que nos conceden los dioses para que lo llenemos de obras buenas”. Pero, sin embargo, esta idea no les impedía quitar el corazón a los cautivos apresados en las llamadas “guerras floridas”, realizadas precisamente con el objeto de coger prisioneros al efecto de arrancarles el corazón para ofrecérselo a sus dioses. Parece, pues, que este hecho les parecía una obra buena.

Este trabajo constituyó mi bautismo de fuego en la práctica de historiador. Para mi sorpresa en una indagación reciente con motivo de una cuestión que no viene a cuento, he descubierto que mi tesis doctoral, de la cual se había impreso un número limitado de ejemplares, siguiendo la costumbre de las tesis aprobadas en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Colonia, estaba catalogada entre las existencias de la Library of Congress de los Estados Unidos, así como en las bibliotecas de ocho de las diez primeras universidades estadounidenses.

Sea como fuere, lo cierto es que esta investigación constituyó mi primer trabajo como historiador y que, cuando reemprendí mis trabajos de investigación, no dudé en hacerlo en trabajos históricos.

En 1964 regresé a España con el título de doctor en el bolsillo y me reincorporé al Banco de España, siendo destinado al Servicio de Estudios en la sede central de Madrid. Desempeñé luego diversos puestos, que hoy no tienen ninguna significación porque la estructura del Banco ha variado muchísimo desde entonces. Lo que sí es cierto es que me entregué totalmente al servicio del Banco, procurando aplicar la filosofía y los métodos de trabajo aprendidos en Alemania.

Empero, pasado el tiempo, en el año 1979 comencé a sentir nostalgia por el estudio y la investigación. Y empecé a releer los libros que más me habían interesado durante mis estudios de doctorado y, entre ellos, los del belga Raymond de Roover, el más documentado y penetrante historiador económico del pasado siglo, en mi sentir, por lo que respecta a la investigación en la historia del crédito y sus instrumentos, y de la banca, pues abordaba estas cuestiones con un conocimiento realista y práctico. Y es que, al acabar sus estudios en 1924, a los veinte años de edad, en la Escuela Superior de Comercio

de San Ignacio, de Amberes, se colocó como experto contable en una casa de banca, y luego en una compañía naviera. Cuando comenzó a escribir llevaba ya tres o cuatro años trabajando en esos empleos. Sin que pretenda, de ningún modo, emparejarme con él, debo comentar que, en esa experiencia de trabajo de tipo bancario y comercial, le llevaba ventaja, pues yo comencé a trabajar en el Banco de Vizcaya recién cumplidos los 16 años de edad, cuando todavía no había acabado los estudios de Peritaje Mercantil, que cursaba como alumno de enseñanza libre. En esa entidad bancaria continué hasta que ingresé en el Banco de España.

En Colonia, yo ya había estudiado los trabajos más importantes de Raymond de Roover, pero al escudriñar entonces, en esa nueva etapa, entre la obra del autor en busca de más conocimientos sobre su vida e investigaciones, me encontré con la sorpresa de que sus primeros trabajos, publicados en 1928, versaban sobre el primer tratado de contabilidad publicado en Bélgica en 1543. Dos años después estudió el libro de cuentas de un comerciante de finales del segundo tercio del siglo XIV, ofreciendo de paso una relación de los principales archivos comerciales belgas.

En 1934 publicó un libro sobre las cuentas de un cambista de Brujas y en 1937 un artículo de cincuenta páginas: “Aux origines d'une technique intellectuelle: La formation et l'expansion de la comptabilité à partie double”, publicado en dos partes en la famosa revista *Annales d'histoire économique et sociale*, la revista fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre. La publicación del artículo en esta revista fue significativa y no meramente casual, ya que esta revista constituyó el vehículo de expresión del espíritu moderno y renovador de l'École des Annales.

El origen profundo de la École debe buscarse básicamente en el tremendo descalabro sufrido en sus ilusiones por los jóvenes intelectuales franceses con motivo del estallido de la Primera Guerra Mundial. Convencidos, ingenuamente, en plena era del modernismo, de que el triunfo de la razón había conseguido eliminar el espíritu bélico y de confrontación entre las naciones, la guerra mundial de 1914-1918 les vino a sacar traumáticamente de sus ilusiones.

La lectura de estos primeros trabajos de Raymond de Roover, que desconocía, fue una verdadera revelación para mí. Yo conocía bien la contabilidad, con cuya práctica estaba familiarizado desde mis primeros años en el Banco de Vizcaya en Barcelona, donde fui destinado a la agencia de la Vía Layetana, y dado que estaba finalizando el Peritaje Mercantil se me encomendó la llevanza de la contabilidad de la agencia y el cuadro diario de sus apuntes. Sin embargo, aun reconociendo la capital importancia de la contabilidad, nunca me había llamado particularmente la atención. Era, seguramente la materia más importante de mi carrera, pero poco más. En cambio, los trabajos de Raymond de Roover sobre su historia me fascinaron, porque intuí inmediatamente las grandes posibilidades que ofrecía la misma, pues casi todas las actividades humanas tienen una parte económica que requiere llevar cuentas. Y las cuentas contienen el registro, explicación, sucesión, interconexión y comprobación de la exactitud del registro y exposición de todas estas actividades. Inexplicablemente, sin embargo, rarísimas veces se habían realizado trabajos históricos teniendo en cuenta los libros de cuentas originados en el desarrollo de los temas tratados. Ni siquiera se había planteado su posible existencia y consulta.

Y aunque los libros de cuentas son para sus dueños un material de gran importancia, pero con una vigencia puramente temporal, lo cierto es que los archivos están llenos de libros

de cuentas, sobre todo en lo tocante a materia pública o como parte integrante de material de litigios. Estos libros, estaban y siguen estando todavía cubiertos de polvo, porque han sido y siguen siendo tradicionalmente ignorados por los historiadores, que ni siquiera los tocan y pasan de largo ante ellos. ¿Por qué ha sido y sigue siendo así en la mayor parte de los casos?

Resumiendo, si mi vocación de historiador la descubrí en Italia gracias a las lecciones del profesor Grego, y mi primer trabajo de historia económica estuvo constituido por mi tesis doctoral, mi vocación de historiador de la contabilidad se la debo a los primeros trabajos de Raymond de Roover. Ellos me descubrieron, al fin, un tema a cuyo estudio valía la pena dedicarse plenamente. Mis investigaciones y trabajos posteriores me lo han confirmado y me han llevado a la convicción de que la historia de la contabilidad es, realmente, una vía metodológica privilegiada para aproximarnos a la investigación y el estudio de la historia de cualquier tema en el que se hayan llevado y conservado libros de cuentas.

Quiero decir, por último, que mi trabajo como estudioso de la historia de la contabilidad me ha proporcionado muchas satisfacciones; la mayor de ellas ha sido el conocimiento y la amistad de muchas personas de gran valía, de España y de todo el mundo, como los que estáis aquí presentes, personas que me han y me habéis servido de ejemplo y orientación en mis investigaciones. Vaya a vosotros y a todas esas personas amigas mi reconocimiento y mi gran gratitud.

Y con esto, termino, aunque no sin antes dirigir un recuerdo a mi querida mujer Ingrid, que tantas veces me acompañó en mis viajes de estudio y congresos y que ahora no puede hacerlo debido a su enfermedad.

Muchas gracias por vuestra atención.

Esteban Hernández Esteve